

personal y no a la tranquilidad del raciocinio.

Sobre nuestro propio continente los problemas internacionales de las Américas fueron igualmente debatidos. Tal estudio lo cumple especialmente la *roundtable* que preside el Profesor Rowe, una de las personalidades americanas más sinceramente idealista, más claramente comprensiva y más entusiastamente devota de la política de aproximación, cordialidad y conciliación entre los Estados Unidos y las Repúblicas hispanas. Basta enunciar algunos de los tópicos tratados para apreciar la importancia de ellos: la Doctrina Monroe fué analizada desde el punto de vista de su propósito cuando fué formulada, de su aplicación en el curso de la historia, de la influencia que han tenido condiciones variables sobre el contenido y la aplicación de la doctrina. Y por último su presente significación con especial preferencia a la actitud de las Repúblicas latino-americanas.

México, sus problemas y su actual momento internacional, fueron materia de un estudio que se remonta a los

tiempos que precedieron al Porfiriato, los que trajeron luego la revolución de Madero y llevaron por último a la actual legislación agraria de ese país.

No menos importantes y dignos de viva atención fueron los estudios sobre los Estados Unidos en el Mar Caribe y con especial preferencia a sus relaciones con Haití y Santo Domingo; los presentes problemas de la América Central y la situación que se levanta con el arreglo de la controversia entre Colombia y los Estados Unidos con motivo de los sucesos de Panamá en 1903

En la tribuna libre del Institute of Politics, tribuna realmente científica, en ambiente de estudio y de meditación serena, diplomáticos, jurisperitos, diaristas, universitarios, aportan elementos para una amistad sincera y leal de las naciones, ideal generoso que no por difícil de obtener es menos merecedor de tenaz empeño para servirlo.

ENRIQUE OLAYA HERRERA

Williamstown, Massachusetts.  
Agosto de 1923.

(Cromos, Bogotá).

## 1) Al margen de los "Fantaseos"

de Andrés Avelino<sup>(1)</sup>

INSISTENTEMENTE, al pensar en estas cosas, se viene a mi memoria la concepción de Ruskin: «Su vida—, la del artista—, no tiene más que dos fines: ver y sentir». Con su acostumbrada precisión, en estas palabras señaló la barrera infranqueable entre el amplio campo de acción en que, sin restricciones y sin prejuicios, el artista vuela libremente hacia lo desconocido, en su constante búsqueda de lo eterno, lo divino, lo verdadero, y el limitado campo de acción en que el crítico analiza, con la frialdad científica de su razonamiento y lo positivo de los hechos, el fruto del artista. No afirmaba el sajón, como muchos creen, que el artista no debe tener temperamento crítico; un tal artista no podría cumplir con uno de sus fines, tal vez su fin primordial: ver; y no cualquier cosa, ni determinada cosa, sino todas las cosas; ni afirmaba que el crítico no debe tener temperamento de artista; carecería entonces de material para su obra. De donde se deduce que ambos ven y sienten; el uno, con ojos y corazón que no han podido catalogar los

psicólogos, lo que ha estado invisible, lo que jamás se hubo sentido o lo fué imperfectamente; el otro, con los ojos y el corazón humanos, lo que el artista le ha hecho ver. Cuando el artista, en los arranques de su temperamento, pierda en el crítico y se subordina a él, nada nuevo nos dice; se atrofia, se convierte en un mero sustentador del ambiente en que vive, está aprisionado por su medio, plagia o repite en la mayoría de los casos, si no en todos; deja de ser el artista de Ruskin. Algo semejante, así de anormal, resulta también del crítico que, para disimular alguna deficiencia suya usurpa el campo del artista, traspasa la barrera allende la cual deja de ser crítico, para decir al artista: no le entiendo, no veo nada, Ud. nada dice; por lógica consecuencia, yo, crítico, afirmo que Ud. no es artista. Lo primero es un fenómeno repetido constantemente en el transcurso de los siglos, cuyos efectos apenas si tenemos sospechas de poder lamentar; lo segundo ha sucedido siempre que aparece un misionero, un precursor, un genio, un innovador sobre la tierra; y es precisamente lo que en nuestros días ocurre, dentro del campo de la literatura, con la aparición de las tantas escuelas: altruismo, novismo, cubismo, etc., etc.

Créese, por una mayoría a interva-

los largos dominante, que todos esos «ismos» pueden considerarse aisladamente, y se les mira en sus extravagancias de escuela y sus características, si acaso declarándoseles en muchas ocasiones como cosas «que no valen la pena discutirse», que sencillamente son «disparatadas»; nada más cómodo que emitir una opinión de esa índole.

Han pasado algunos años desde que don Andrés González Blanco, refiriéndose a su poeta amado, escribía, ya haciendo historia: «...Y esta evolución *hacia adentro* de la poesía moderna, entre paréntesis, iniciada en América Latina, ha encontrado eco en España; no sólo en la refinada y sutil lírica de Rubén Darío y de sus discípulos, sino que viene iniciándose ya desde la época en que Rueda reinaba como dueño y señor, *Imperator Augustus* de la lírica española, especialmente a partir de 1900...» En esta fecha, 1900, (estaba Darío en España), o alrededor de ella, apareció el nombre de *modernista*, «inventado para provocar la hilaridad con su sola pronunciación»; la crítica era hostil con aquel a quien hoy se llama Maestro, y se le juzgaba demente, desequilibrado, «se hacía rechifla de sus descoyuntamientos prosódicos y métricos». Después del triunfo del artista, apenas algún escaso de noticias clamaba por el quebrantamiento de las reglas métricas, pero no encontraba ya acogida: el campo estaba libre. Cuando Darío prologaba sus «Cantos de Vida y Esperanza», consignaba, a manera de advertencia, aunque ya libre de las rechiflas y admirado: «...la forma es lo que primeramente toca a las muchedumbres. Yo no soy un poeta para muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas». Y mucho más adelante, Lugones escribía el nuevo Evangelio: «A pensamientos nuevos, nuevas formas de expresión».

La forma, sin embargo, sigue tocando como condición primordial a las muchedumbres, que la ven antes que todo lo demás, que es todo, en las nuevas escuelas literarias; se llega hasta el ridículo de llamar *modernista*, genéricamente, a cuanto escritor se exprese con libertad de metros.

Cabe aquí consignar que no nos proponemos hacer la defensa sistemática de todas las nuevas escuelas en todas sus manifestaciones; jamás. Ello sería subordinar a los efectos las causas, cuando muchas veces aquéllos perduran después de desaparecidas éstas; someter nuestro criterio a las analogías o semejanzas que la imaginación puede encontrar en todas las cosas; disponer nuestro entendimiento para aceptar lo que debe ser motivo de reflexión; maniatar, en una palabra, nuestra manera de pensar, que entraña la de ser. Pero el estado de ánimo que tal hiciera

(1) Andrés Avelino es uno de los más queridos discípulos de Domingo Moreno Jiménez, poeta dominicano fundador del «postumismo». Véase Andrés Avelino: *Fantaseos*, Santo Domingo, 1921.